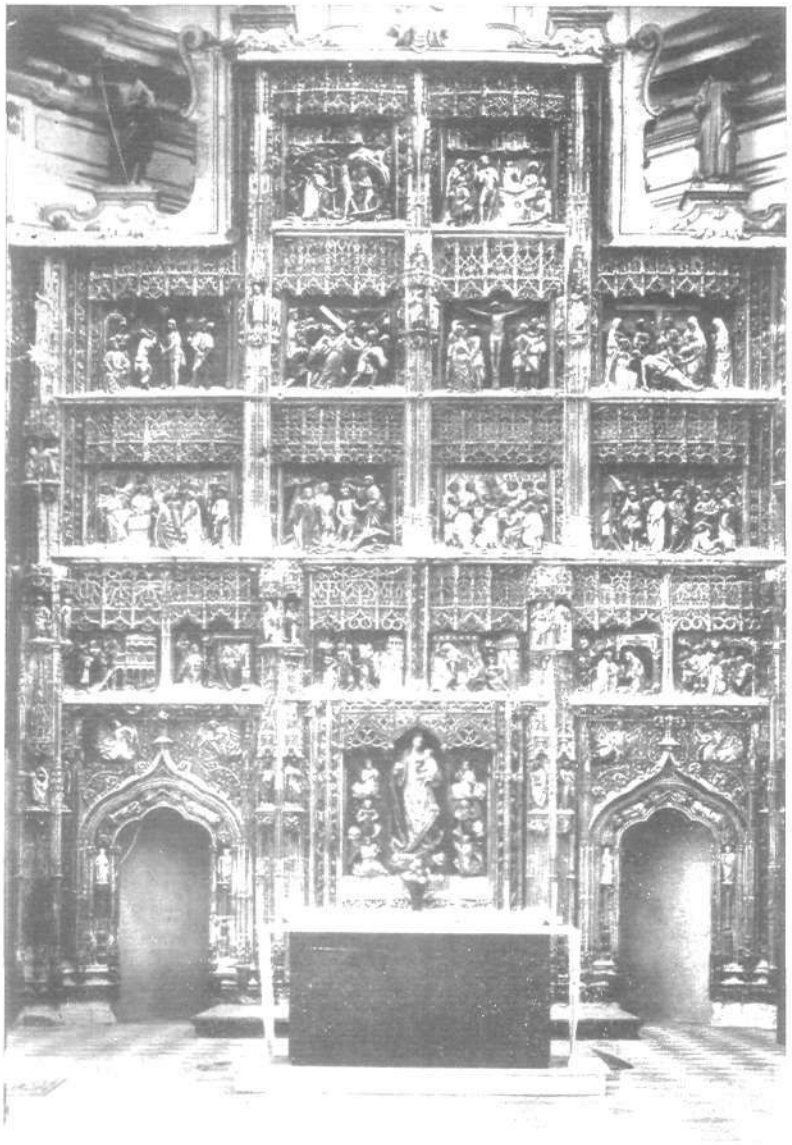
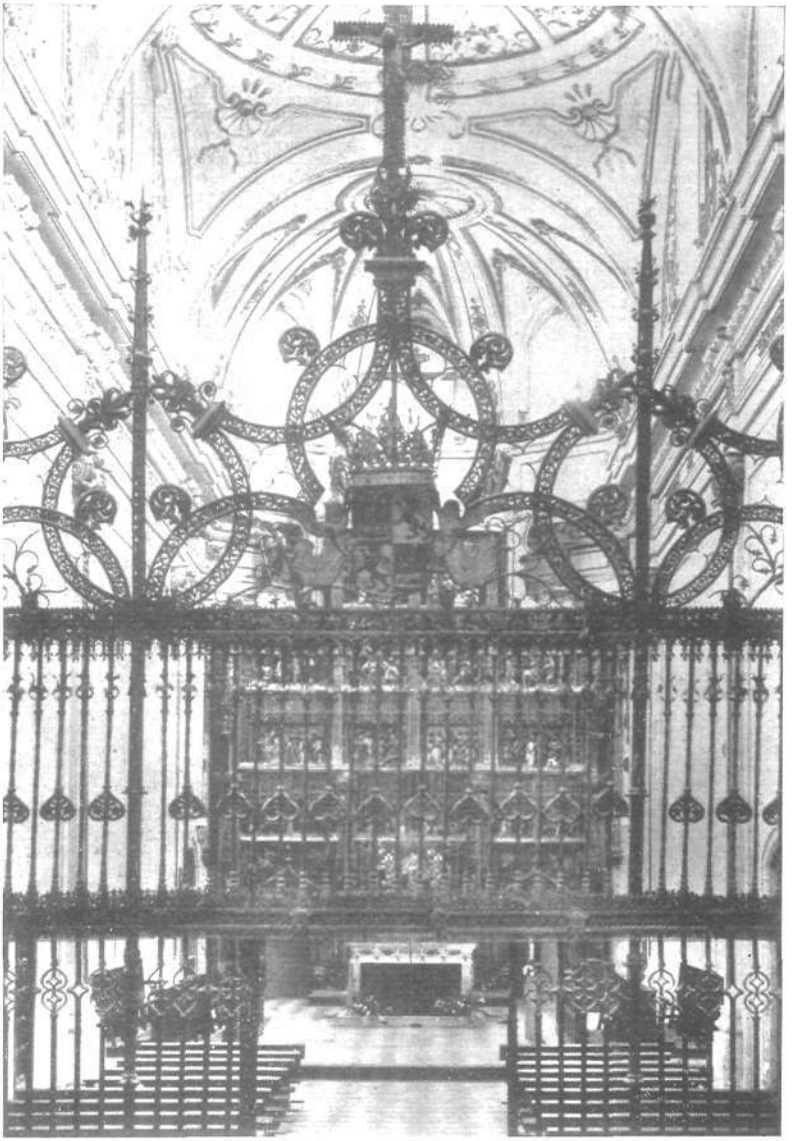
EL PAULAR, RESTAURADO

POR

EL MARQUES DE LOZOYA



El retablo de alabastro de la iglesia de El Paular.



Vista general de la iglesia del Monasterio de El Paular, recientemente restaurada.

Imagen de Nuestra Señora en el retablo de El Paular, posiblemente del taller de Gil de Siloé.

El refectorio del Monasterio de El Paular después de la restauración.

Si hay en la vida algo profundamente triste, que llene el corazón de honda melancolía, que nos haga pensar en lo frágil y efímero de las cosas del mundo, es la ruina de una ciudad, de un monasterio, de un monumento cualquiera. Hay por esto en la literatura española toda una poesía de las ruinas, desde Rodrigo Caro, que se lamenta con Fabio de que la ciudad de Itálica, cuna de emperadores, sea campo de soledad, mustio collado, hasta Quevedo, que llora en un soneto lapidario:

Miré los muros de la Patria mía
un tiempo fuertes, hoy desmoronados.

Las generaciones románticas del siglo XIX se conmovieron del desmoronamiento de los viejos monasterios esparcidos por España en la bella prosa de Paxtot, de Balaguer, de Quadrado.

Pero, en cambio, nada más alegre que el contemplar como va cobrando nueva vida el cadáver insepulto de un monasterio abandonado. Poblet era hace poco un amontonamiento de maravillosas ruinas y una de las más grandes emociones de mi vida ha sido el volver a escuchar la liturgia de los monjes blancos bajo las bóvedas restauradas. Era yo casi un niño y cabalgando desde Segovia por el puerto del Reventón contemplé por primera vez el valle del Lozoya, tan unido a la historia de mi linaje. Pernocté aquella noche en el monasterio del Paular, entonces casi del todo abandonado. Era un día de abril y el claustro estaba todo tapizado de violetas. Yo recuerdo la pena inmensa con que en aquella alegre mañana —era el día de Pascua de Resurrección— recitaba los maravillosos versos de Jovellanos. El Paular se deshacía por momentos; poco después un incendio dejaba la torre mocha de su chapitel.

Pero ahora gracias a los monjes de San Benito, restauradores y repobladores de Europa, cada día podemos presenciar algo que resurge en este monumento venerable. Ya se podían concebir felices augurios desde el momento en que, con un inmenso sacrificio, los monjes negros vinieron a acampar entre las ruinas. El Paular era todavía una escombrera, pero una escombrera dotada de vida interior y esta vida fue surgiendo en la restauración de la iglesia, del claustro, de las dependencias monacales. Demos fervientes gracias al Patriarca de Europa por uno de sus grandes milagros: el milagro del Paular.

Una fase del milagro del Paular fue la restauración del refectorio. En él se cumple una de las partes esenciales de todos los planes monásticos, aun de los sistemas más austeros: el que los monjes vivan su vida de pobreza y penitencia rodeados de belleza. Belleza pura, espiritualizada en todo lo que rodea su vida. En primer lugar, en la Iglesia, Dios, nuestro Señor, quiere ser servido con la belleza. En el Antiguo Testamento determina detalladamente cómo ha de ser la pila de bronce para los sacrificios y el color y los dibujos de los velos del templo, debidos al arte del tejedor, o de los objetos litúrgicos de marfil y de oro. La historia del cristianismo es también la historia del Arte. La Iglesia inspira unas veces los estilos, como el románico o el gótico; otras se apodera de los que han nacido fuera de su ámbito, como el renacimiento o el barroco, y los pone a su servicio. Parece como si las órdenes monásticas viniesen cada una a hacer avanzar el arte con una nueva espiritualidad. Así los monjes negros de San Benito son los creadores y los difusores del románico, que es el estilo oficial del nuevo imperio que es la Cristiandad, y los monjes blancos del Cister son los creadores del gótico. San Francisco, predicando el amor a la naturaleza, que exalta la gloria del Señor en las criaturas, "humanizando" la vida religiosa con la contemplación del Señor y de su Madre que sufrieron como nosotros, crea el espíritu del arte nuevo; la Compañía de Jesús tiene una participación inmensa en la difusión del renacimiento y del barroco.

Todo el monasterio ha de ser austero y pobre, pero todo ha de ser bello: el claustro, la sala capitular, las dependencias monacales. Y también el refectorio. Podrá ser en él humilde y pobre la colación, pero todo es

armonioso y noble en las bóvedas, en los sitiales, en las pinturas. Precisamente es esto lo que forma y eleva la vida del monje, el vivir rodeado de belleza. Así alcanzaron las más altas cumbres de la perfección los benedictinos de Montecasino y de Subiaco. ¡Qué maravilla, Subiaco, de arte y de naturaleza, los cistercienses de Poblet, los cartujos de Miraflores y del Paular! Dios no es solamente la Bondad y la Sabiduría, sino es también la Suprema Belleza, y la belleza, rectamente entendida, es también un camino para servir a Dios.

Y la belleza tiene también una amplia eficacia misional. Somos humanos y los conceptos nos entran primeramente por los sentidos. Si preguntais a un converso cuál fue el primer impulso que le movió hacia el catolicismo os dirá, indefectiblemente, que la belleza del culto católico. En Méjico, en el siglo XVI, como los obispos acusasen a los frailes de ser excesivamente dispendiosos en el explendor del culto el Padre Zumárraga contestó que "había ganado más indios con la música que con la palabra". La música era el camino para que los indios viniesen a oír la palabra de Dios.

La iglesia del Paular es una pura maravilla, singularmente por el retablo de alabastro, obra sin par en España en la cual se advierte la huella del taller burgalés de Diego Gil de Siloé, y por la espléndida reja gótica. Cuando en el presbiterio estuviesen situados los sitiales maravillosamente esculpidos, hoy dispersos por distintos lugares, se podría decir lo que dijo Emilio Bertaux de la capilla mayor de la catedral de Toledo: que "era uno de los espacios mejor amueblados del mundo". La ausencia se ha compensado decorosamente con la instalación de la sillería coral de la antigua sinagoga del Tránsito, en Toledo, que fue iglesia de los caballeros de Alcántara y donde hoy está instalado el museo sefardí. Es preciso rendir un homenaje al gran arquitecto restaurador Manuel González Valcárcel, a cuyos profundos conocimientos y a cuyo fino gusto artístico tanto debe el arte español.

Pero es preciso ahora dedicar la máxima atención a la capilla del trasagrario, situada, para uso de los cartujos, detrás del altar mayor. Es la maravilla del barroco español conseguida en el corazón de Castilla por un

equipo cordobés: el arquitecto Hurtado, el escultor Alvarez y el pintor Palomino. Todos aquellos primores, extraña evocación, a veces, de la *maqsura* de la mezquita cordobesa, que provocaban la indignación de Don Antonio Ponz, el neoclásico, se desmoronan. Es preciso acudir a un pronto remedio para que el Paular sea un trasunto del mejor arte de las épocas más diversas. Y que nos perdone nuestro amor al barroco otro gran clásico: Don Gaspar Melchor de Jovellanos, que gozó del retiro de la antigua cartuja y nos dejó sobre ella el que es quizá el más bello poema español del siglo XVIII:

¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque umbrío!
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria
taciturna mansión! ¡Oh quien del alto
y proceloso mar del mundo huyendo
a vuestra eterna calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre, y escondido!